

MOTKE, EL LADRON

SHOLEM ASCH



Motke, como todos los seres humanos, nació para ser bueno. Pero la vida le mostró su rostro más desagradable, y él trató de adaptarse a las circunstancias. Tanto y tan bien lo hizo, que terminaron llamándolo Motke el ladrón.

Scholem Asch cuenta —con su proverbial densidad humana— las extrañas aventuras de Motke, en las que desfila un mundo de pícaros y de saltimbanquis, y donde se mezclan los más puros sentimientos con las traiciones y los crímenes.

A través de las andanzas de Motke, de sus comienzos como ratero, de sus incursiones en el bajo mundo de la prostitución y de su redención final por el amor, es posible conocer las múltiples facetas de que se compone la criatura humana, y comprender, por fin, que su moral y sus virtudes y sus vicios son determinados casi siempre por ese caprichoso azar que algunos llaman destino.

Índice de contenido

Cubierta

Motke, el ladrón

Primera parte

1. De cómo el padre contrajo matrimonio con la madre
2. De cómo vino al mundo Motke, el ladrón
3. Motke rechaza la mamadera de trapo
4. La dentición de Motke
5. Motke va al Jéder
6. Motke tiene un amigo
7. Motke aprende un oficio
8. El primer castigo
9. Motke elige su oficio
10. El rey de los perros
11. "Perla, la Ciega"
12. Una casa de empeño
13. "¡Al ladrón...! ¡Al ladrón!"
14. Presos
15. Motke defiende a su madre
16. La primera primavera
17. La venganza de Motke

Segunda parte

1. El "Infierno"
2. Motke se salva del "infierno"
3. Organilleros
4. Motke se hace saltimbanqui
5. Motke adquiere "fama mundial" de "campeón español"
6. A la luz de las estrellas
7. El hotel "Imperial"
8. La pelea por la equilibrista
9. Documentos de identidad
10. Motke declara la guerra al mundo...

[11. De cómo Motke fue sentenciado](#)

[12. Motke abandona a los faranduleros...](#)

[13. De cómo Motke se transforma en Canario...](#)

[Tercera parte](#)

[1. La "Vieja Ciudad"](#)

[2. El "director"](#)

[3. Todo oficio cuesta sacrificios](#)

[4. Noches estivales](#)

[5. Motke pasea con sus mujeres](#)

[6. En procura de calor hogareño](#)

[7. Motke quiere ser novio](#)

[8. La carta que Motke dirige a su madre](#)

[9. El "coronel" comisario Jvostóv](#)

[10. La nostalgia de Motke](#)

[11. El mercado humano](#)

[12. Motke convertido en hombre honesto](#)

[13. Motke se compromete](#)

[14. La confesión de Motke](#)

[15. Se rompe el compromiso](#)

[16. Motke encuentra un ángel de la guarda](#)

[17. ¿Por qué, Juanita?](#)

[Autor](#)

[Notas](#)

PRIMERA PARTE

1. De cómo el padre contrajo matrimonio con la madre

Su padre, el tuerto Leib, había desposado a su madre, Zlatita, la Pelirroja, de la siguiente manera:

Leib, el Tuerto, era un mozo de amplia fama en el villorrio. Trabajaba en la zapatería de Sélig, quien cada año era padre de un niño. Como obrero, destacábase por su habilidad en el oficio, lo cual le granjeó el título de “El zapatero de las manos de oro”; solía confeccionar polainas de doble costura, y así hacía los botines de suela superpuesta, una amarilla y la otra negra (ésta había sido una moda suya, de su propia invención). Y cuando calzaba, en los días de Pascua, botines de tal jaez, reuníase la gente para admirarlo. Los mozos del pueblo estallaban de envidia, ambicionando poseer tales botines o polainas, “de costura doble, con cuero escalonado, semejando un peldaño de color amarillo y otro negro”. Pero nadie sabía imitarlo. Negábase el mozo a confeccionar tal calzado para cliente alguno, así le llenaran la casa de oro.

—Esto lo hice para mí solamente —solía decir— y nadie debe usar calzado igual al mío.

Pero es el caso que no le agradaba trabajar y prefería ser un “cazador de palomas”. Cuando más apremiaba el trabajo, estando próximas las fiestas de Pascua, o de las Cabañas, por ejemplo, y “ardía” entre las manos la confección del calzado de encargo, bastaba que Leib oyera un silbido detrás de la ventana, para que en ella quedara fija toda su atención. Ya no apartaba su vista del ventanuco, a través del cual divisaba la bandada de palomas que acababa de soltar el panadero no judío, y que emprendían alegre vuelo. Ver esto, abandonar el trabajo y hallarse de pronto sobre el techo de su casa, junto a su palomar, era para Leib todo uno. Inmediatamente después, se le veía empuñando un enorme palo, con el cual espantaba las palomas, que

huían alejándose hacia la profundidad del cielo apacible, cuya bóveda cubría el infinito más allá del pueblecillo. Y si alguno le reprochaba algo, le arrojaba bruscamente la bota a medio hacer a la cara, se sacaba el delantal y se hacía humo. Jamás aguantó una temporada completa en un solo lugar de trabajo. Una vez propinó una tremenda paliza a un capataz. Los zapateros se pusieron de acuerdo para eliminarlo del gremio; mas no había transcurrido una semana, cuando Leib ya trabajaba en el taller del rubio Sélig.

—No hay nada que hacer —alegaba Sélig ante la mozada del pueblo—, él es el mejor oficial zapatero que tenemos por estos lugares. Cuando se trata de un trabajo delicado, Leib es el único capaz de hacerlo. Nadie le gana en costuras finas. Cuando él quiere, le sale la bota, la polaina, el zapato o el botín, que ni pintados, ni salidos de manos de un escultor, ¡como para mandar a exhibir en los escaparates de Varsovia!

Sélig, muy entendido en la materia, se relamía de contento cuando comentaba las habilidades de Leib. De pronto tomaba al azar alguna de las piezas terminadas por su ponderado oficial, rematando así el elogio:

—Mira, ¡este botín baila solo!

Fue entonces precisamente cuando Leib contrajo compromiso matrimonial con Zlatita, la Pelirroja. Hacía mucho que salía a pasear con ella, por los bosques y caminos que serpenteaban fuera de la población urbana, a altas horas de la noche. Por culpa de Leib no podía hallar colocación Zlatita, la Pelirroja, porque, en cuanto se le antojaba a Leib, iba en pleno día a ver a su novia, sacándola de la cocina para llevársela durante el día entero a pasear. En tanto, hervía y rebasaba la leche, la vajilla quedaba sin lavar, el almuerzo sin preparar, lo cual enfermaba a disgustos a la dueña de casa. (“¡Habrased visto mayor tupé en una muchacha!”).

Cuando Zlatita, la Pelirroja, regresaba a su “casa”, hallábase con que sus petates estaban fuera de su lugar y pues-

tos en la puerta de calle, lo cual significaba:

—Vete a buscar otra colocación.

También se murmuraba en el pueblo que Zlatita, la Pelirroja, acostumbraba a hurtar los mejores bocados de la cocina para llevárselos al mozo. Y en efecto, hallóse una vez, debajo de la almohada de Zlatita, presas de pollo, pedazos de pescados y los más sabrosos bizcochos.

Y con todo esto, nadie creía que Leib se casaría con Zlatita. Más de un ama le pronosticaba que el tal mozo la plantaría con un "fardo"... Los señores preveían que Leib haría desdichada a una pobre huérfana (Zlatita, la Pelirroja, era huérfana de padre y madre). Pero era inútil; ¿a quién se le hubiera ocurrido exponerse a decirle nada al muchachote? Y Leib, por su parte, se hacía esta reflexión:

—Puesto que todos creen que la haré desdichada, les demostraré de lo que soy capaz.

Un sábado por la noche, entró en la casa del rabino, diciéndole:

—Rabí, quiero darle mi mano y empeñar mi palabra de que me casaré con Zlate, tan pronto me libre del servicio militar.

—¿De qué me vale tomarte la mano y la palabra? ¿Sabes acaso lo que significa cuando un judío da su mano al empeñar su palabra? ¿Y si, Dios libre y guarde, dejas de cumplir tu promesa?

Leib juró por la tumba de su padre y por su madre enferma. Y se le creyó. El rabino mandó llamar a Bérish, el carnicero, tío de la huérfana, y en una noche sabática se formalizó el compromiso matrimonial en casa del carnicero, concurriendo personalmente el rabino a la ceremonia.

El sábado siguiente, cuando Leib salió a pasear con su novia por la calle (había cosido entonces dos pares de botitas de triple suela, para sí y para su prometida, ostentando en el cuero del calzado los colores amarillo, rojo y negro), nadie osó pronunciar palabra contra él; todo el pueblo le

dirigía saludos amistosos, diciéndole: “¡Buen sábado!”, como a cualquier vecino honorable. Las gentes comentaban:

“Decididamente es un buen muchacho, después de todo; porque, sea quien fuere, desde el momento en que toma por esposa a la huérfana, demuestra ser un mozo decente”.

Pero no acabaron de transcurrir cuatro semanas, cuando Leib quebrantó su juramento formulado en casa del rabino, “por su madre enferma y por la tumba de su padre”. Empezó a visitar asiduamente a Basche, la costurera. Más tarde se decía que él no tenía la culpa de ello, sino la sorda leje, madre de la costurera, quien lo había atraído hacia la muchacha, porque le dolía que su hija, que no trabajaba como sirvienta precisamente y no se dedicaba más que a costuras, se viera sumida en una soltería crónica, en tanto que una huérfana cualquiera se hacía de un novio tan guapo (Leib había abandonado a sus palomas tan pronto empezó a noviar con la cocinera y se dedicó de lleno al trabajo). Quedábase el mozo, en casa de la costurera, los viernes hasta altas horas de la noche y los sábados íntegros. Un invencible poder de atracción ejercía sobre él la casa de la costurera, donde se leían libritos y novelas y la juventud se reunía los sábados, cantando o improvisando danzas. (Él no se atrevía aún a salir de paseo con los jóvenes, por lo cual celebraban largas tertulias caseras).

Zlatita la Pelirroja, permanecía sentada todo el día, los sábados, en la cocina de su ama, donde esperaba en vano a Leib, vestida con sus mejores atavíos sabáticos. La pobre se vaciaba los ojos, a fuerza de llorar. En el villorrio empezaron a circular habladurías y su ama se daba el placer de aturdira con sus rezongos de que ella le había prevenido que no entrara en intimidades con el mozo, porque eso iba a terminar mal. Zlatita, la Pelirroja, lloraba sin decir palabra.

Sucedió que el primer día de la fiesta de Pentecostés había ido Zlatita a esperar a Leib, en el sombrío pasillo de la casa de la costurera Basche. Se ubicó detrás de la puerta

y cuando le vio llegar y divisó a través de un intersticio, a la luz de un rayo solar infiltrado, sus botitas de triple suela, “la primera amarilla, la segunda roja y la tercera negra”, que había confeccionado especialmente para el noviazgo, sintió como si un puñal se le hubiese clavado en el pecho y, levantando bruscamente la botella de vitriolo que ocultaba en su mano debajo del delantal, volcó su contenido en el rostro del novio ingrato.

Con la cara completamente quemada, el mozo se desplomó en el suelo. Pero ella no huyó. Salió al patio a dar voces de alarma y auxilio.

La gente que acudió, encontró a Leib caído en el suelo con la faz escaldada, el traje quemado y sus botitas de triple suela, detrás de la puerta de la costurera. Zlatita, la Pelirroja, estaba arrodillada junto a él, arrancándose el cabello y golpeándose el pecho con los puños, mientras gritaba:

—¡Socorro, por favor, socorro! ¡Mirad lo que le hice, mirad!...

Acudió un médico y Leib fue llevado al hospital. La muchacha pelirroja recogió el sombrero y el cuello de su novio y, siguiendo el carruaje que lo conducía, no cesaba de arrancarse el pelo y de gritar:

—¡Mirad lo que le hice, mirad!

La policía la detuvo por unos días, pero su arresto duró poco. Cuando recuperó su libertad, corrió inmediatamente al hospital donde Leib estaba internado, pero no le permitieron verle. Ella merodeaba en torno al hospital, como un perro vapuleado y vagabundo. Poco después logró colocarse como cocinera y se dedicó a preparar para su novio carne y caldo de pollo, que cada tarde le llevaba al hospital. El enfermero se lo recibía, pero aún no le dejaba ver al enfermo.

—Él se niega a recibirla, señorita —le decían.

Pero ella no cesaba de llevarle caldos y pollos asados.

Y una vez le dio al enfermero un guilden (quince cópecs) para que la dejara entrar. Y entró en el hospital. Al ver a su

novio, le faltó poco para sufrir un desvanecimiento. Su cara no parecía humana, sino de algún exótico ser salvaje, con los ojos pegados. Esto fue lo que ella vio en la cama. Esto fue lo que estaba postrado ahí delante de sus ojos. Se arrojó junto a la cama, abrazando los pies del enfermo y hundiendo su rostro en ellos, los cubrió de besos y de lágrimas.

No atinó a decir palabra el mozo, al principio. No se movió siquiera. Luego comenzó a balbucear, dándole a entender que quería que se acercara. Ella se aproximó recogiendo delante de él, como perro sumiso. El mozo reunió cuantas fuerzas pudo para golpearle la cabeza con el puño. Ella sometió su rostro a los puñetazos, para que él pudiera golpearle con más facilidad, y tras cada golpe que recibía, fluían las lágrimas de sus ojos y su semblante poníase radiante de gozo.

A todo esto, entró el enfermero, sorprendiendo la escena, y echó fuera a Zlatita, la Pelirroja. Pero ella no dejó de concurrir un solo día al nosocomio y de llevarle a su querido enfermo los caldos de pollo, y empleaba todo minuto disponible para atisbar por las ventanas, para interrogar al enfermero, para correr detrás del médico y besarle las manos. Después de los primeros golpes que Leib le diera en la cabeza y en plena cara, ella adquirió mayor coraje para llegar hasta el lecho en el cual se hallaba postrado el mozo; y cada vez que la visitaba, repetíase la escena de antes.

Un par de semanas más tarde, Leib fue dado de alta en el hospital. Su rostro estaba aún cubierto de emplastos y sus ojos vendados. Zlatita, la Pelirroja, había vendido todo su ajuar: su baúl de lencería y su ropa de cama. La lencería la había cosido ella misma y su colchón de plumas, sus almohadas, fundas y sábanas las heredó de su madre. Además había ahorrado unos cuantos guilden de la colocación en que estaba empleada mientras el novio se hallaba en el hospital. Con este dinero consiguió vivienda en el inquilinato de un sastre, para sí y para Leib. En dicha casa cocinaba

sopas de pollo para él y allá le llevaba dulces y jalea, de las casas donde ella había servido como cocinera. Por las tardes solía vérsela a Zlate cómo sacaba al ciego mancebo delante de la puerta, acomodándole almohadas en la silla, para que pudiera estar muellemente sentado; y más tarde, cuando el convaleciente ya se hallaba en condiciones de caminar, Zlatita hacía de lazarillo, llevándole de la mano por el pueblo.

A veces, cuando se oía silbar por la calle y el panadero no judío soltaba las palomas de su palomar —las palomas revoloteaban en rueda por encima del mercado— y el ruido del aleteo llegaba a los oídos del ciego, éste levantaba la cabeza hacia las alturas, tratando de palpar algo a ciegas con las manos. Zlatita adivinaba su pensamiento y ponía su rostro a merced de los puños del mozo y él descargaba sus golpes donde acertaba a golpear...

Transcurrieron un par de meses más y de su cara fueron sacados los emplastos, dejando al descubierto el rostro totalmente pelado por la intensa escaldadura del ácido, que le había corroído el cutis facial, en cuyo lugar se veía ahora carne roja y fresca. Un ojo lo tenía quemado del todo, habiéndose salvado el otro, con el cual apenas pudo valerse de la vista. Desde entonces se le apodó "el tuerto". Contrajo nupcias secretas con Zlatita. Nadie concurrió a la boda, salvo el Daian^[1], quien bendijo los esponsales, y el tío Bérish, que trajo una costilla de res, de su carnicería, que sirvió para un almuerzo suculento. Tomaron una casita en alquiler anual. El tío Bérish les obsequió con algunos utensilios domésticos. Leib ya no iba a trabajar —decía que había olvidado su oficio— y deambulaba por las calles sin hacer nada. Zlatita tornó a la servidumbre y traía el yantar para su marido. Y más: Leib se gastaba en bebidas fuertes lo que su mujer había ahorrado durante la temporada; pero luego, cuando ella se veía ya en los meses avanzados de gravidez y no podía trabajar, comenzó Leib a ganarse el sustento en la calle.

Se hizo changador.

2. De cómo vino al mundo Motke, el ladrón

El anuncio de su advenimiento fue propalado y acogido con escasa alegría. Esto ocurrió así:

El Tuerto Leib, como ya se le denominaba a la sazón, vivía en el "Sótano", con Zlatita, a quien más le hubiera sentado el mote de rubia que de pelirroja. El tal sótano era habitado por gentes que no pagaban alquiler, sino que gozaban el derecho de prioridad. Había quedado como entre-suelo de una vieja casa desmoronada, en cuyo interior funcionaba antiguamente una panadería. La mitad del sótano lo ocupaba Feiguita, la vendedora de frutas, con sus cestos, bolsas y alfombras carcomidas por la polilla. Ella sí que tenía derecho de prioridad sobre el sótano. Allí residía ella cuando aún era panadería. La otra mitad era habitada por el alto hilandero, a quien los colegiales del Jéder^[2] motejaban de "Gon-gón", imitando un graznido de ganso, porque se les antojaba que la garganta del hombre alojaba un ganso en su interior. En las mañanas de verano, el tal hilandero solía instalarse con su rueca, poco antes del mediodía, ocupando casi toda la callejuela con los blancos hilados de interminable extensión. Sorprendíanse los muchachos del Jéder, de cómo podía caber en el sótano el hilandero con sus numerosos carretes y bobinas. Hubo un tercer inquilino en el sótano, Meier, el maestro de señoras, quien encarnaba, por sí solo, todo un "derecho de prioridad", ya que era yerno de Feiguita, la "frutera". Él habitaba un rincón del sótano, junto a los ventanucos. Se le llamaba "el maestro de señoras", pero la verdad era que ya había dejado de serlo, salvo en el caso de las niñas que acudían a él después de cada desayuno, para que les enseñara a leer el *Txeno Ureno*^[3]. Junto al ventanuco les enseñaba a leer, señalándole las letras con un puntero grande. Ejercía funciones de secretario epistolar y a él acudían las mujeres para

hacerse leer o escribir sus cartas. En tal oportunidad, Meier colocaba sus grandes anteojos sobre la nariz, arimaba la misiva a la luz que penetraba por los ventanucos, y leía el contenido de la carta para la mujer, asombrada de cómo Meier, el maestro, podía leer tanto en un pedacito de papel.

Leib, el Tuerto, era el cuarto y más caracterizado vecino entre la población del sótano. Verdad es que no le asistía precisamente el "derecho de prioridad", pero ¿quién habría de atreverse con él? Una vez se introdujo con Zlatita, "tan sólo para pasar un invierno, nada más", y ocupó toda la extensión de una pared para ubicar junto a ella varios lechos. Entonces ya era numerosa la familia del tuerto Leib. Zlatita daba a luz un niño cada año. El tener hijos había llegado a ser su oficio predilecto. En el pueblo se le consideraba como una buena nodriza, cuya leche engordaba a los lactantes. Por ello criaba a sus propios hijos a biberón, en tanto que amamantaba hijos ajenos. Y dado que el tuerto Leib necesitaba siempre el sustento de la casa, ella era madre cada año o cada dos años, cubriendo su marido el resto del exiguo presupuesto con algún jornal que le proporcionaba la calle.

Un día, al declinar la tarde, a principios de otoño, cuando las noches próximas al Año Nuevo judío se volvían más breves y más frías, llegó el tuerto Leib de la calle. Halló el sótano invadido de vapor, al que un vientecillo empujaba hacia las hendiduras que había debajo del techo, junto a la chimenea. Por dichos intersticios escapábase el vapor, seguido del vientecillo que le impelía al exterior, a la calle. Percibíase olor a frituras, cuya estridencia llenaba la habitación; difícil era precisar con exactitud lo que Zlatita freía en su cocina. Por lo pronto, sólo se trataba de simples cebollas, que tanto gritaban al ras de la sartén, llenando con sus voces y fuerte olor la casa entera. Al tuerto Leib se le hacía agua la boca. De un salto salió afuera a convocar a sus rapaces diseminados por la calle. De todos los extremos y re-